

MARQUÉS VALEA, Xulia, *A toponimia de Trabada*, [s. l.], Xunta de Galicia, Consellería de Educación e Ordenación Universitaria, 2004, 1222 páginas + un «Cuaderno adjunto», de corrección de erratas.

Puede resultar extraño que un doctorando de Paleografía se atreva a reseñar un libro sobre la toponimia del joven municipio lucense de Trabada. En las líneas que siguen se explicará el interés que ha suscitado la obra reseñada.

La Dra. Xulia Marqués Valea, trabadense, licenciada en Filología Románica y Gallega

por la Universidad de Santiago, publica este libro, su Tesis Doctoral, dirigida por el reconocido catedrático compostelano Antón Santamarina.

Tras la «Presentación» del volumen, a cargo del también vecino de este *concello* Celso Currás, *Conselleiro* de Educación y Ordenación Universitaria, que fue, de la Xunta de

Galicia, el propio Prof. Santamarina redacta el «Limiar» («Prólogo»), y destaca que «de la lingüística histórica, la toponimia es seguramente la rama más comprometida». Por ello plantea algo que –aunque se intuye– debe subrayarse: la labor ingente de recogida y sistematización de la información, que no sólo se redujo –como muchas veces es habitual– a la búsqueda de informantes, sino que primó el manejo de la documentación histórica publicada y fuentes más modernas a su alcance, conformando un completo repertorio de topónimos, convenientemente depurados, que ahora sí salen a la luz con sus oportunas y completas explicaciones etimológicas y filológicas.

Para los que dedicamos nuestro tiempo a la búsqueda, transcripción, ordenación y edición de documentos históricos, es una satisfacción comprobar como el trabajo, en general poco valorado –incluso paradójicamente dentro de nuestra propia disciplina– de la edición de fuentes, es pilar fundamental para la conclusión de trabajos de lingüística histórica como éste. Bien es cierto también que, de haberse editado tantos y tantos documentos que permanecen inéditos en distintos archivos, la autora los hubiera agradecido, enriqueciendo, todavía más, su completo repertorio.

Las primeras páginas de su estudio las dedica a situar histórica y geográficamente el municipio *marriano* de Trabada, para a continuación exponer la metodología aplicada en su trabajo.

Después de esta introducción, explica y analiza etimológicamente los distintos topónimos que ha encontrado, agrupándolos según su significación en grandes bloques temáticos: «Hidronimia», «Oronimia», «Fitotoponimia», «Zootoponimia», «Toponimia referente a aspectos sociales», «Toponimia y actividad económica», «Posesores», «Toponimia y vías de comunicación», «Topónimos relacionados con la vida religiosa», «Toponimia de origen situacional», «Nombres propios de

interpretación y clasificación dudosa», «Nombres propios oscuros» y «Adjetivos». Y dentro de estos bloques generales, en otros más precisos; valga como ejemplo, dentro del de «Oronimia», «Constitución del terreno», «Piedras», «Elevaciones», «Depresiones», «Zonas llanas»..., proporcionando así una ordenación muy clarificadora que resulta menos árida que la presentación en secuencias alfabéticas. Pero por el contrario, también incluye un «Índice de topónimos» que permite una consulta directa, lo que siempre es de agradecer.

La variedad de topónimos recopilados por la autora posibilita que aquellos tantas veces repetidos en Galicia sean correctamente explicados, lo que favorece el conocimiento de nuestro entorno rural, ya sea éste el de Trabada, el de Begonte, el de Chantada o el de Neda.

Cualquier persona comprometida con Galicia debería revisar las más de 1200 páginas de este grueso volumen, y demandar la difusión de este tipo de investigaciones. Como magníficamente señala la autora (pág. 631), el paisaje agrario tradicional gallego convertía al *casarío* en protagonista y a quien lo trabajaba, el labrador, en poseedor de un conocimiento directo y absoluto de la tierra. Más adelante hace referencia a la ruptura del paisaje tradicional que una mal diseñada concentración parcelaria conllevó: los minifundios se convirtieron en *leiras* grandes, los vallados desaparecieron (cuando no muros y *chantados*)... consecuencia de un desequilibrio entre lo tradicional y lo moderno.

Y precisamente es la microtoponimia la que mejor cuenta la desarticulación sufrida por las antiguas estructuras, modos de vida y producción de un pasado muy próximo, pero con muchos siglos de existencia (pág. 633). Los términos de antes, tan comunes (como *searas*, *vedros*...), se han convertido en poco más de 25 años en palabras opacas y destinadas a desaparecer, en unos espacios cada vez

más amplios, con los lindes borrados, nombres olvidados y pocos –quizá nulos– lazos de unión afectiva con sus propietarios.

Por todo lo dicho, para los paleógrafos que trabajan con la documentación gallega, disponer de un compendio tan elaborado y sentido como el de la Dra. Marqués, facilita su trabajo, ya en el momento de toparse con términos de difícil lectura, ya para «recrear» más atinadamente el contenido de las escrituras, casi siempre relacionadas con el universo rural, antaño tan valorado, y hoy tan olvidado. También son de utilidad para aquella disciplina los apartados dedicados a la «Fonética», «Morfología», «Semántica» y «Dialectología», en donde se pueden encontrar, por ejemplo, clarísimas explicaciones a fenómenos fonéticos como la «Prótesis», «Epéntesis», «Aféresis»... muy repetidos en la documentación escrita. O, finalmente, para otras disciplinas como la Arqueología, los topónimos referidos a monumentos prehistóricos, e incluso medievales.

Más polémico resulta el apartado dedicado a la «Presencia del castellano y huida del gallego en la toponimia»: efectivamente, la toponimia gallega ha sido víctima de un conglomerado de factores que, por causa de la ignorancia castellana, han supuesto desfiguraciones lamentables. Pero quizá la consideración de la autora de que «el proceso deturpador de raíz castellanizante fue minando la estructura de nuestro idioma [el gallego]», sea exagera-

do: si bien hay casos desafortunados, la convivencia idiomática enriquece, como históricamente se demuestra, la más destacadas lenguas.

La lectura atenta de este tratado toponímico, descubre al lector el compromiso de la autora con su nación: denuncia, al analizar el término «fraga», la desaparición de especies autóctonas, otrora tan extendidas, sustituidas recientemente por eucaliptos (pág. 696); o al tratar la palabra «muíño», lamenta el olvido de este tipo de construcciones, tan gallegas, hoy sin uso y en su mayor parte derruidas. También, en el apartado dedicado a los «Poseedores», resalta que la supervivencia de la onomástica personal en la toponimia es muy alta, debido a la íntima relación que a lo largo de la historia se estableció entre la tierra y su propietario (pág. 827).

Por mucho que nos pese, gran parte del ser secular de Galicia, su paisaje, su razón histórica, se ha casi perdido, de ahí que los trabajos de documentación histórica gallega, sea ésta en el soporte que sea, de patrimonio histórico gallego, más o menos monumental, o de lingüística histórica, como éste que se ha tratado de presentar, merecen un reconocimiento, el mayor de los aplausos y una difusión digna tanto en ambientes científicos como en los meramente educativos. Son estímulos imprescindibles para valorar, con la razón y el corazón, la riqueza de nuestra Galicia.

---

*Pablo S. Otero Piñeyro Maseda*